



Universidad de Chile
Facultad de Filosofía y Humanidades
Departamento de Literatura

Óscar Castro y *La vida simplemente*

Una transición entre la modernidad y la tradición

Informe de Seminario, para optar al grado de Licenciado en Lingüística y Literatura Hispánica
con mención en Literatura

Alumno:

Carlos A. Pavez Montt

Profesor guía:

Ignacio Álvarez

Seminario de Grado:

Nación y narración. Narrativa chilena e identidad nacional

Resumen

La obra narrativa de Óscar Castro comenzó en 1940 con los cuentos presentes en *Huellas en la tierra*. Terminó aproximadamente una década después, con la publicación póstuma de *La vida simplemente* (1951). En este último texto, el autor rancagüino construyó una representación literaria desde un territorio provincial, marginal y limítrofe. Reflexionó sobre las condiciones y las contradicciones que se expresaban en una realidad alejada de los beneficios materiales del proceso modernizador. Por esta razón, proponemos que la obra de Castro no puede encerrarse tras las rejas de un criollismo ortodoxo o de un modernismo renovador. Su ejercicio representativo no sólo busca incluir a los personajes representados en cierto imaginario nacional, sino que también expone algunas formas de sociabilidad que postulan una afrenta a las condiciones sociales y materiales de la existencia periférica. Un ambiente que es producto del carácter impositivo de la modernidad que se va estableciendo en su alrededor. En *La vida simplemente*, Castro reflexiona sobre un mundo en transición, expresando las contradicciones presentes en este proceso y confrontándolas con ideas anarquistas enfocadas en la sociabilidad y en el desarrollo individual.

Índice:

1. Introducción	4
2. El proyecto moderno y el proceso modernizador en el territorio chileno	8
A. Las ideas del proyecto	9
B. Las huellas del proceso	12
C. Exterioridad, entre la realidad y la ilusión	16
3. Un acercamiento a Óscar Castro y a sus alrededores	21
A. Consideraciones biográficas o históricas	22
B. De las <i>Huellas en la tierra</i> a <i>La vida simplemente</i>	25
C. Las ideas políticas y artísticas del autor rancagüino	28
D. ¿Anarquista, Óscar Castro?	30
4. <i>La vida simplemente</i> , una porción literaria de la experiencia humana	35
A. Algo sobre Williams y su proyecto crítico	36
B. Una entrada a lo residual y a lo hegemónico	38
C. ¿Qué es y cómo aparece lo emergente?	42
D. Estructuras de sentimiento, huellas de la transición	46
5. Conclusiones	51
6. Bibliografía	53

1. Introducción:

El objetivo del presente estudio es construir un relato que considere a una particular personalidad literaria, a cierta interpretación textual y a distintas visiones políticas e históricas. En un tono específico, lo que se busca es la proposición de una lectura que actualice una de las obras más conocidas de Óscar Castro. Con el término *actualizar* planteamos que existe un horizonte interpretativo anterior al que aspiramos superar, pero no en un sentido de validez racional o metodológica. La partícula *construcción*, por otro lado, hace referencia a la edificación de una propuesta teórica “parcial y necesariamente incompleta” (13)¹. Las palabras que siguen, en consecuencia, no buscan iluminar una pared sombría en medio de la noche, si no que gustan de abrir un camino que permita el libre tránsito por sus escombros.

“Al comenzar esta investigación, poco sabía de Óscar Castro. Había leído algunas obras que estaban incluidas en el programa escolar y conocía ciertas poesías recitadas por mi abuelo” (11)². En efecto, el origen de este escrito también encuentra su fundamento en la nubosidad que aclimata a la obra y a la vida del autor rancagüino. Fue en la cocina de un restaurante cordillerano donde resonaron, por primera vez, la infantil idolatría por el Diente de Oro y las aventuras de Roberto en el prostíbulo. Allí comenzó un período de sutil confusión, el cual no estuvo exento de algunos cuestionamientos: ¿Se podría realizar una tesis que se basara en un terreno teórico inexplorado? ¿Habría, en la *La vida simplemente*, materiales suficientes para una construir una investigación?

Edificar un relato crítico al respecto de la obra de Óscar Castro constituyó, desde entonces, una tarea novedosa y fundamental al mismo tiempo. Por una parte, porque observamos que el

¹ Álvarez, Ignacio. *Novela y nación en el siglo XX chileno: ficción literaria e identidad*. Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2009.

² Cabrera, María. *La comarca del poeta. Óscar Castro, su ciudad y su tiempo*. Ril Editores, 2011.

contenido de sus representaciones había sido etiquetado como modernista, criollista y poético. Definiciones que, hasta el día de hoy, generan una suerte de comprensión interpretativa en lo que se refiere al potencial de sus escritos. Por la otra, porque como consecuencia de la polvorienta condición de su narrativa, textos literarios como *La vida simplemente* (1951)³ o *Llampo de sangre* (1954) habían pasado inadvertidos a la hora de discutir sobre la implantación del proyecto moderno en Chile. Estas obras contienen una profunda reflexión sobre las consecuencias humanas y sociales del devenir modernizador.

La elección de la primera obra mencionada se volvió una realidad por distintas razones. La primera fue la sospechosa relación que había entre lo representado y la vida del autor. En ella radicaba la posibilidad de enfrentar al texto literario y a las distintas formas narrativas que él adquiere. También abría una puerta a potenciales conexiones con el componente político e histórico. La segunda razón se basó en una dimensión menos particular: la representación no sólo nos contaba la vida de Roberto Lagos, si no que nos relataba las transformaciones tanto sociales como materiales que habían ocurrido en Rancagua en la primera mitad del siglo XX.

El tercer argumento apareció cuando ya estábamos en el inicio del calendario académico. Con el tiempo, se volvió el elemento que más consolidó la dirección de esta investigación. *La vida simplemente* no sólo narraba una cuestión social que venía aquejando a las clases populares desde el siglo XIX, no representaba solamente lo que sucedía en los márgenes del centro modernizador ni en la transición desde un mundo a otro: en algunas escenas podíamos observar propuestas, formas de sociabilidad, concepciones sobre la familia, la escolaridad y el trabajo que cuestionaban a algunos de los rasgos subordinantes de aquellos tiempos. Esta visión literaria fue la que nos llevó,

³ Castro, Óscar. *La vida simplemente*. Origo Ediciones, 2019.

finalmente, a considerar la categoría de *lo hegemónico*: una dinámica en donde múltiples fuerzas inciden relativamente en la experiencia humana.

Para cumplir el objetivo que planteamos, la siguiente investigación está dividida en tres espacios más bien amplios. En una estructura constituida por distintos ejercicios de lectura, de análisis y de interpretación. En su primera parte, intentamos establecer las coordenadas temporales, espaciales, sociales y políticas de la primera mitad del siglo XX chileno. Ahí proponemos una distinción fundamental para la totalidad de este informe: la *modernidad* entendida como una experiencia humana y un proyecto histórico; la *modernización* como un proceso mediante el cual se *imponen* en la realidad ciertas expectativas teóricas. A nuestro entender, este impositivo mecanismo de la modernidad nunca fue ni ha sido totalmente verdadero –ni homogéneo–, ya que generó escenarios periféricos que nunca fueron incluidos en la distribución de los beneficios modernizadores.

Estos ambientes caracterizados por la escasez material se ubicaron en las afueras de los grandes edificios y de las calles de cemento. Los habitaba una clase social que siempre ha sido sustantivada como campesina, popular y religiosa, que constituía una vitalidad humana capaz de generar sus propias formas de sociabilidad y de resistencia a través de distintas formas. Óscar Castro, objeto al cual nos acercamos en la segunda parte de este estudio, siempre se sintió ligado a dicho colectivo. Ya sea en su propia vida, como lo demuestran ciertas consideraciones biográficas, o en los sentidos posibles de sus textos, el autor rancagüino siempre estuvo preocupado de las experiencias y de las necesidades de quienes existían al margen del proceso modernizador.

Llegado el momento del análisis textual, nos faltaba una herramienta que le diera consistencia a todas las reflexiones anteriores. Ya considerábamos al proyecto y al proceso

moderno nacional, a los alrededores históricos y literarios de la experiencia vital de Óscar Castro, pero nos faltaba una propuesta que se ajustara el carácter crítico de *La vida simplemente*. Raymond Williams, su concepción dinámica de la experiencia humana y sus móviles categorías analíticas nos entregaron la posibilidad de sustentar una interpretación que alguna vez consideramos débil y pretenciosa.

2. El proyecto y el proceso modernizador en el territorio chileno:

Vamos a tratar de caminar, arbitrariamente, por un periodo de tiempo que suele generar problemas a la hora de ponerlo en la mesa de disección: la primera mitad, en Chile, del siglo XX. En un tono específico, nos amarraremos a conceptos, a acercamientos teóricos y a fenómenos históricos que nos permitan comprender al menos una porción de lo que sucedía, en ese tiempo, en el territorio chileno. La intención de este capítulo, sin embargo, no se basa en la mera reproducción de enunciaciones históricas. Por el contrario, la llama que nos guía en esta reflexión es de un color práctico: reconocer las coordenadas en las cuales tuvo lugar tanto la representación como la enunciación de *La vida simplemente*. Nuestro objetivo es campear las pistas mediante las cuales nos guiaremos a la hora de realizar un ejercicio interpretativo.

A razón de lo anterior, los apartados que se aproximan giran alrededor de tres tópicos parcialmente definidos. En el primero, se intenta desarrollar una entrada teórica a las ideas modernas que dieron lugar a la formación –y a la legitimación– del proyecto moderno, político y nacional; una voluntad que sin duda orientó las transformaciones del mundo chileno en la primera mitad del siglo veinte. En el segundo, giramos el timón hacia un camino que investiga las huellas de los procesos modernizadores. Se intenta observar en qué cambia la constitución material, fáctica y social del territorio chileno: cómo se urbaniza el campo, qué tanto se saturan las ciudades, dónde se estrenan los ferrocarriles... Nuestro interés será dilucidar cuál es el sentido que convierte en realidad a las ideas que fundamentan al proyecto modernizador.

En el tercer apartado nos acercamos a una cuestión que viene creciendo en términos de consideración académica: la marginalidad que corroe, en un sentido ético y de coherencia teórico-práctica, las bases del proyecto nacional impuesto *desde* el Estado. La evidencia de las contradicciones de un proceso modernizador que, al ser provocado por el modo de producción que

se implanta *desde* la estructura política nacional, termina por encauzar su expresividad en sus variados productos culturales. En este sentido, el presente estudio se posiciona en una ubicación que relata, pero que también constituye. Que intenta representar la objetividad –o lo ya sucedido–, por medio de una subjetividad que reflexiona –de lo que queda por conocer–.

A. Las ideas del proyecto

El primer concepto al que nos acercaremos se relaciona con el concepto que constituye a la *nación*. Término polémico, muy discutido, provocador de argumentos bastante distintos a la hora de determinar sus posibles significaciones. Un acercamiento interesante a la cuestión es el de Benedict Anderson, quien define al grupo nacional como “una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana” (23). Esta declaración aleja al concepto de las propuestas que lo habían encerrado en una celda naturalista, ideal o religiosa. Lo caracteriza, más bien, como un artificio, o como una abstracción ligada a la organización más bien social y política de los pueblos. En otras palabras, nada habría de abstracto ni de divino en la forma de sociabilidad moderna que sustenta a la experiencia nacional.

El estudioso Grínor Rojo postula que la *nación* vendría siendo, derechamente, una construcción histórica. Una forma específica de identidad particular que nace alrededor del siglo XVI o XVII en territorio europeo. La define como una comunidad de personas que “han terminado por vivir juntas, estableciendo ciertas formas de comunicación entre ellas, arribando de esta manera a algunos acuerdos y comprometiendo al cabo su observancia en común para con una batería de preceptos legales...” (60). Podemos ver que Rojo le entrega al concepto *nación* un carácter sustancialmente más abierto. Ligado de manera inevitable con los aspectos modernos del Estado, pero dispuesto a incluir a los grupos sociales que no estaban insertos en el imaginario nacional oligárquico de las primeras décadas del siglo XX en Chile.

El “desplazamiento que conduce desde un modelo orgánico de nación a un modelo consciente y formalmente imaginado” (60) significaría, entonces, una transición que va desde un contenido nacional tradicional –oligárquico, diferenciador– a uno más novedoso –democrático, amplificado–. Esto podría ayudarnos a dilucidar en qué sentido reflexiona Castro, sobre la implantación del proyecto moderno en la realidad provincial y sobre las huellas que dejaron sus procesos en la experiencia de sus habitantes. Además, puede sernos útil a la hora de *reflexionar* sobre el ejercicio representativo y literario a través del cual *reflexiona* el autor: ¿Cuál es la relación de lo representado con el proceso político nacional? ¿Cómo podrían conectarse las escenas narradas en *La vida simplemente* con las ideas que fundamentan el proyecto moderno?

Antes de responder a eso tenemos que considerar un término fundamental: la *novela*. Pero más que buscar una definición cerrada, nos interesa conocer cómo se relaciona esa modalidad literaria con los procesos modernizadores. Mariano Siskind se ha hecho presente en este sentido, al decir que “la novela podría definirse ... como la forma estética que narra el deseo moderno” (54); como una estructura narrativa predominante a lo largo del siglo XIX. Mediante ella fue como se representaron los imaginarios modernos, al menos desde que el carácter subordinante de las ideas iluministas empezó a consolidarse por la globalización –considerada en su sentido amplio– (45). En los inicios del siglo XX, la *novela* aún se relaciona con la élite oligárquica y con el proceso fundacional de la nación política chilena, sin embargo, su significación identitaria se seculariza a partir de los procesos modernizadores.

Para relacionar los conceptos de esta reflexión, Ignacio Álvarez propone la reestructuración de la concepción marxista tradicional que Jameson construye desde la propuesta de Althusser: “allí donde [aquella] concebía ... la determinación en última instancia o modo de producción como lo estrechamente económico –es decir, como un nivel dentro del sistema social que sin embargo

determina a los otros—, la concepción althusseriana del modo de producción identifica este concepto con la estructura en su conjunto ... [con] el sistema entero de relaciones entre esos [sus] niveles” (30). En este sentido, Álvarez explicita que “Nación y novela son, en consecuencia, expresiones culturales de un mismo modo de producción (el capitalismo), lo que explica su vinculación íntima, su concomitancia y también, dada su autonomía relativa, sus divergencias” (35).

Que la *novela* y la *nación* sean producciones culturales vinculadas entre sí nos permite establecer una intachable conexión con el contexto político e histórico. La implantación del modo de producción capitalista *desde* el Estado chileno tuvo repercusiones sociales, culturales y económicas (Subercaseaux 90). La representación literaria, por su condición de forma estética, representa entonces la “previa textualización, [la] narrativización en el inconsciente político [de la historia]” (Jameson 30). Sin embargo, ¿de qué manera se evidencia el acontecer político en la estructura literaria de *La vida simplemente*? ¿Podemos ver una transición desde la sociabilidad oligárquica a la democrática modernidad? ¿Existe algún movimiento preemergente en las clases populares?

Es importante considerar la precisa distinción que establece Bernardo Subercaseaux al respecto del proceso social moderno. Para el académico, por una parte, “la modernización puede vincularse a desarrollo y crecimiento y, por otra, a fenómenos de disolución y desintegración social” (90). La *modernidad*, en cambio, haría referencia al período histórico o a la experiencia de quienes experimentan dichas transformaciones (90). Esta diferenciación es importante, porque permite bifurcar nuestra reflexión en dos caminos: el de la transformación material y el de la experiencia vital. Dos dimensiones que entrarán en una situación conflictiva de manera

permanente. Contradicciones que permanecen tapadas por la estructura mediática y la política democrática del consumo.

Jorge Palma escribe al respecto que las ideas modernas “fueron puestas en práctica [por la clase dirigente] a la manera de “choque de realidad”, en donde la Sociedad (entendida como masa social) se construye cultural y relacionamente a partir de la praxis económica, en función de la imposición teórico-práctica que resulta su imposición” (2). Este *choque de realidad* tiene consecuencias distintas según el encauzamiento de sus beneficios y de sus productos tecnológicos. Marshall Berman comenta que “hay una forma de experiencia vital –la experiencia del tiempo y el espacio, de uno mismo y de los demás, de las posibilidades y los peligros de la vida– que comparte ... una unidad paradójica: la unidad de la desunión” (1). Las transformaciones *producidas* por los procesos modernizadores *provocan* experiencias heterogéneas, pero no azarosas. Los territorios ostentan condiciones vitales que dependen de su posición al respecto de la geopolítica moderna.

La modernización, referida precisamente a los componentes productivos o materiales, ostenta una naturaleza impositiva y gradual. La modernidad, por consecuencia, es heterogénea y condicionada a través de su materialización. La experiencia moderna es diferente, incluso contradictoria en la dimensión intersubjetiva. Sin embargo, sus ideas sustentan paradójicamente un proyecto nacional y político al mismo tiempo. Un ejemplo conocido de esto es la noción del progreso moderno: entre más intervenido esté un país y su entorno natural, más desarrollo y beneficios obtendrá su población. ¿Es esta la experiencia moderna que se representa en la obra de Óscar Castro? ¿Las evidencias textuales son muestras de un armónico proceso modernizador?

B. Las huellas del proceso

En esta reflexión discutiremos sobre dos cosas que se expresan en una sola forma de organización: la política y el poder. Porque hay una historia política que deja rastros de los movimientos del poder. Y hay cambios de intereses en el poder que se expresan mediante las actitudes políticas que toma cierta clase dominante. En la primera mitad del siglo XX chileno, tanto el mundo como el sistema político nacional soportó enormes transformaciones. Podríamos decir que, en un principio, nos liberamos del sometimiento forzoso la Corona española. Pero luego

Lo que hubo en América Latina fueron oligarquías que vivieron gozando de la abundancia fácil de los productos primarios, pero que no construyeron un país. Construyeron centros urbanos de goce de esas oligarquías.

Un país se podría haber construido con un desarrollo integral. No sometiénose a un único producto, sino desarrollando todos aquellos que el país pudiera desarrollar (Feinmann 49)

La política, zona de combate por el poder en el modo de ser moderno, coordinó por mucho tiempo una nación unívoca, exclusiva en términos sociales, identitarios y económicos. Durante el siglo XIX, esta distribución de los beneficios materiales se legitimó mediante ideas modernas: el libre cambio, el Estado civilizador y unificador, el disciplinamiento de la masa trabajadora, el militarismo, el bien común. “Algunos piensan que, por ello, la verdadera función histórica del Estado consiste en convertir lo diverso y plural en una identidad sistémica unitaria... Una ficción homogeneizadora que ... necesita ser impuesta –“y no argumentada” (Salazar 20). *Impuesta*, hay que decirlo, por sobre las deplorables condiciones en las que convivía la masa campesina allegada a la ciudad. Por sobre el abandono de los territorios que no le interesaban ni al capital chileno ni al extranjero.

Las únicas personas que habían quedado en libertad eran las clases sociales dominantes. Atrás quedaban los periodos bélicos. Los restos del periodo colonial, de la mano del novedoso Estado chileno, se convertirían en algo mucho más libre, desarrollado y moderno. En realidad, lo que pasó fue que los comerciantes extranjeros y la oligarquía nacional vendían los productos primarios del país mediante prósperos negocios con Estados Unidos y Europa. El poder seguía estancado donde mismo: en los grupos que triunfaron con la Guerra del Pacífico y que definían la fisonomía oficial del territorio chileno. Así nos metíamos –como país, porque el proyecto nacional todavía era oligárquico– a los primeros momentos del siglo XX.

Discutimos sobre la política emancipadora y liberal de la Independencia porque es un rastro importante en la constitución del Estado moderno chileno. Llegado el Centenario, la oligarquía nacional se puso sus mejores trajes. Celebró los aparentes progresos de la urbanización, la exitosa explotación del salitre, la cada vez más lenta –en comparación con los avances industriales– producción agrícola que sucedía en la zona centro. La autoría múltiple de *La historia del siglo XX chileno* nos cuenta que

Ése era el sentir general, que desde luego conoció sus excepciones a la regla. Incluso en medio de los aires de fanfarria cívica y de algarabía popular, emergieron voces disidentes que pugnaban por hacerse oír y revelar la otra cara del país ... Si en algo coinciden efectivamente es en señalar, aunque con desigual intensidad, una correspondencia entre la crisis denunciada y la actuación de la clase dirigente. (44)

¿Cómo reaccionó la política y el poder chileno a las denuncias públicas y a la creciente presión de las movilizaciones sociales? Con silencio y represión. Luego habría tanto periodos conflictivos como transformaciones estructurales –superficiales– en el acontecer nacional.

Gabriel Salazar postula que este “ajuste creó el parlamentarismo. Que no fue, por esto, un auténtico gobierno democrático, sino una ‘legalizada’ agonía para un régimen autoritario” (39). Tras las fantasmagóricas celebraciones del Centenario, en medio de una tensión social importante, la fuerza de la denuncia y del movimiento popular sufrió un “vacío de conducción. Sin discurso de poder, sin una concertación social políticamente orientada, la poderosa expresión legitimante podía ser (y fue) tierra fértil (fronteriza), abierta para el arado oportunista ... Y tuvo que ser, claro, Arturo Alessandri Palma” (42). El protagonismo del proyecto político moderno echó sus raíces una dinámica unívoca. Su modo de actuar y de influir fácticamente en el mundo se construyó en base al manejo ilusorio de la realidad y en la propaganda infinita de sus propios medios.

Las películas *Minería en marcha: Sewell, ciudad del cobre* (1956) y *Santiago* (1933), son acontecimientos culturales que nos podrían orientar en esta reflexión. En la primera se observa, como textualmente nos dice la narración, “el símbolo de la dominación del hombre”. El progreso y la subyugación de la naturaleza. La minería como el productor innato del capital que requiere una nación. La necesidad imperiosa de mano de obra para llevar a cabo la ostentosa maquinaria que significa al Estado. La consecuencia que se adjudica al capital extraído de la cordillera se puede ver, afirmación material mediante, en el filme que registra los cambios ocurridos en la capital. Las clases acomodadas gastaban dinero en reconstruir el aspecto de la ciudad, determinando su propia condición burguesa y a los espacios marginales –en relación con los beneficios modernizadores– al mismo tiempo.

Además, los movimientos sociales y demográficos de la clase trabajadora estuvieron relacionados con otros fenómenos históricos: la generación de economías de escala mundial y la especialización productiva-tecnológica. Estos generaron una gran demanda de masa trabajadora para realizar las obras públicas, el servicio doméstico, los empleos públicos y la militarización del

Estado. La migración del campo a las ciudades terminaría por saturar la estructura urbana, lo que desembocaría en la precariedad de las condiciones de vida en lugares periféricos. La CORFO, fundada en el año 1939, culminaría en el área institucional la dimensión estatal del proceso de modernización chileno. Las inversiones extranjeras comenzaban a invadir el largo y el ancho del país construyendo una utopía, un proyecto nacional democrático que nos llevaría un lugar mejor.

“En resumidas cuentas, el Estado no sólo se hizo patente mediante intervenciones legales, sino también a través de su impronta en la configuración del paisaje urbano y del ideario social, expresando de este modo el papel rector que por entonces desempeñaba en el concierto de la vida nacional”, dicen los autores de la *Historia del siglo XX chileno* (152). Sin embargo, la implantación del proyecto moderno *desde* el aparato político nacional creó condiciones de marginalidad debido su centralidad mediática y económica. Es cierto que se abrieron “espacios capaces de propiciar la paulatina integración [política, ciudadana]” (158), pero el Estado nunca dejó de ser, para la “descoordinada clase capitalista chilena, ... un instrumento de dominación (Lenin), ... [y] también una herramienta tosca, indócil y permeable al manejo lateral (por la ‘clase política’) y, a veces, por abajo (por los movimientos sociales)” (Salazar 52).

C. Exterioridad, entre la realidad y la ilusión

La tendencia geopolítica de la modernidad actúa en forma concéntrica: reúne todos los beneficios materiales de la producción comunitaria en lugares que se restringen a la capital y a lugares específicos. Esta centralidad provoca una distribución unívoca de la utilidad del modo de producción capitalista, la cual se dirige a los territorios que su clase dominante considera fundamentales: los hogares de la burguesía nacional, los centros históricos, los monumentos ideológicos, los edificios estatales y extranjeros, las ciudades mineras, los predios agrícolas, etcétera. Rancagua, ciudad que albergó casi la totalidad de los respiros de Óscar Castro, se

constituyó como un espacio en el que se mezclaba el campo y la ciudad. A pesar de la transición hacia la modernidad, de la instalación de un ferrocarril minero –por ejemplo–, la tradición popular permanecía en las profundidades de la tierra provincial.

Josefina Cabrera escribe, en su gran investigación sobre el autor rancagüino y sus alrededores, que la ciudad mencionada

fue el hogar de Castro, así como también una preocupación constante. Fue una inspiración y a la vez un problema ... Durante esas décadas [la primera mitad del siglo XX], se vivieron numerosos y profundos cambios en la ciudad ... La modernización y el progreso fueron palabras que se escucharon habitualmente durante estos años, cuando la gran minería de cobre se instalaba en las cercanías ... Sin embargo, la pobreza persistía en las afueras de la urbe, marcando límites en este aparente bienestar general (58)

La provincia, lejana a la ciudad y a los centros modernizadores, al ostentar una materia prima –el cobre, en el caso de Sewell– se convierte en una pequeña zona concéntrica de producción. Así se inscribe en una geopolítica que opta por centralizar el poder administrativo del Estado en partes específicas del territorio nacional. ¿Y qué provoca este manejo del quehacer político y económico? Marginalidad. Estados de abandono. La condición de exterioridad al respecto de esa estructura unívoca del poder. Los fenómenos sociales, que aparecen en estas zonas alejadas del proceso modernizador, no son difundidas ni atendidas por el actuar del proyecto nacional:

El letargo de los pueblos rurales respondía en parte al predominio centenario de la hacienda en cuanto sistema socioeconómico e instancia de poder político y social; en la práctica, ella canalizaba los intercambios de la sociedad rural con las ciudades más

dinámicas, al tiempo que condicionaba poderosamente el curso de su vida ... En este escenario, todo jugaba a favor de un patrón de desarrollo que privilegiaba a Santiago y a las familias más encumbradas de su sociedad, aunque la clase media ilustrada no dejó de percibir sus beneficios (27-28).

Esta declaración de los autores de la *Historia del siglo XX chileno* nos permite fundamentar una porción del argumento que estamos construyendo. En la canalización del poder político y económico de las ciudades, la burguesía nacional jugaba sus cartas para mantenerse en lo más alto de la sociedad. Ejercía el control de las producciones agrícolas y aceleraba la extracción de materia prima en los territorios mineros. El proceso empezó a beneficiar, por goteo, a una clase media que empezaba a aplicar sus estudios. El alumnado universitario y el movimiento obrero habían llevado, con desgano por parte de la clase política, a una repartición un poco más burocrática y estatal de los beneficios modernizadores. La población que permanecía al margen del tren del progreso, sin embargo, no es siquiera sustantivada en ese entonces. Sólo la nombraban para entregarle ciertos seudónimos, como pobreza, alcoholismo, hacinamiento, enfermedades y prostitución.

Lo que nos interesa recalcar es que existe un espacio, una vitalidad activa y heterogénea entre la realidad material y la ilusión teórica del ser moderno. “Rancagua era una pequeña urbe, sin embargo, en ella convivían al menos dos mundos. El *lado oscuro*, pobre, triste y a veces violento de la sociedad, fue el predilecto de Óscar Castro” (Cabrera 90). Lo que está en cursivas no es algo que permanece estático, ni constituye una mera categoría basada en términos desesperanzadores. Los territorios abandonados por la burocracia estatal, las zonas que son utilizadas como lugares de sacrificio o de producción, las vidas existencialmente condicionadas por los horizontes materiales que fundamentan sus situaciones, todas desarrollan formas de

sociabilidad que contestan y denuncian, desde la marginalidad, al sentido histórico que las puso en esas –sus– condiciones.

El propulsor de la Nueva Historia Social escribe que “la degradación histórica del ciudadano y las comunidades cívicas se inició con su exclusión de los procesos constructores de Estado” (89); “Ni había para ellos –en sentido representativo– Estado ni discurso identificador de Nación” (Salazar 91). La carga impositiva que provenía de la burocracia estatal y sus anfitriones dejó en silencio a la experiencia que ocurría en los márgenes. La exterioridad social creaba formas de sociabilidad que se mantenían en la lejanía, aún siendo parte del proceso modernizador. Sin embargo, lo más importante era otra cosa: las ideas que comenzaban a distanciar la interacción popular de las formas de ser dominantes. Al respecto, Salazar comenta que se crearon

Redes y grupos llenos de gravitación privada, interna, que magnetizaron ‘culturalmente’ a miles de campesinos, indígenas, artesanos y mujeres cómplices que dieron hospitalidad a todo eso. Los ranchos de las mujeres: sus fondas, chinganas y pulperías –epicentros de esa ‘ciudadanía’ marginal– se fueron convirtiendo en verdaderas escuelas de civismo popular. En centrifugadoras de identidad autoconstruida. En modeladoras de clase social. Hasta producir, por abajo, un mundo lleno de vida y color que hizo palidecer el demacrado mundo imitativo de la oligarquía mercantil. (92)

Llegando al final del capítulo deberíamos reivindicar el sentido que están tomando nuestras reflexiones. Alimentar las propuestas del inicio con productos del correr de los argumentos. El proyecto modernizador chileno se materializó mediante la imposición de un proceso que produjo cambios la experiencia humana. La clase política se quedó manejando los hilos que constituían la supuesta renovación de la estructura de poder moderna. Los habitantes de los márgenes llenaron

con vitalidad sus vacíos materiales: “En la atmósfera así creada brotaron, casi por generación espontánea, ideas corporativistas, socialistas y comunistas, que no debieran atribuirse de modo exclusivo –como se ha dicho– a los supuestos “agitadores profesionales” venidos del exterior, sino, más bien, a la floración ideológica brotada de tal proliferación societal” (Salazar 94).

3. Un acercamiento a Óscar Castro y a sus alrededores:

En la sección anterior caminamos por un tema complicado. Circundamos por las cercanías de Chile y de su primera mitad del siglo XX. Tiempo y espacio complejos, por la heterogeneidad de los sucesos históricos sucedidos en él y por las variadas interpretaciones que han establecido cierta nubosidad a su alrededor. Primero analizamos brevemente algunas ideas que sustentaron y que permiten reflexionar sobre un proyecto político, histórico y moderno. Después, observamos algo que denominamos las huellas de los procesos modernizadores: cómo fueron los cambios en la estructura del poder, cómo y desde dónde se dirigieron las transformaciones materiales en el territorio chileno. Al final, vimos que la condición de marginalidad, provocada por la unívoca distribución de los beneficios modernizadores, generaba una periferia silenciada, resistente y sociable.

Ahora, el objetivo que persigue nuestra intención es la figura de Óscar Castro. Nos acercaremos a su obra literaria, a su vida personal y a su entorno. Intentaremos entregar una perspectiva que entregue un granito de arena en la reivindicación del énfasis crítico que existe en su obra. Para esto, el siguiente apartado consta de cuatro secciones, cada una de ellas apuntando una temática diferente. Primero, se establece un panorama histórico y biográfico que nos permite investigar la relación entre la obra y la vida del autor. Se trata sobre la experiencia cotidiana de Castro mediante una aproximación a sus escritos y a otros testimonios.

Luego, se propone la existencia de una transición en un sentido crítico en su obra, a la vez que se revisan sus relaciones con las tradiciones literarias de su tiempo. También se comentan las tendencias o las ideas que exponía en sus textos el escritor rancagüino. Un ejercicio que nos lleva a una conexión fundamental con la colectividad de la que Castro formaba parte: el grupo Los Inútiles. Allí se observa una pequeña parte de sus contribuciones en diarios independientes y

locales. Además, se intentan descifrar los lazos intelectuales y prácticos que fundamentaban sus reflexiones. Al final caminamos por una zona poco transitada: el influjo anarquista en la vida de Castro. Establecemos que su estética opta por pensar y por representar lo que sucede en su entorno, que su mirada apuntaba a las nuevas formas de sociabilidad y a las reminiscencias de la vida rural y popular.

A. Consideraciones biográficas o históricas

A la obra de Óscar Castro, un escritor chileno nacido el 1910, podríamos considerarla como un cuerpo inexplorado. Imaginarla en términos de su potencial de interpretación. Es cierto que ya se escribieron buenos artículos sobre sus cuentos o sus poemas –sobre todo cuando aún vivía el autor–, pero casi toda la tinta que alguna vez lo puso en el centro de atención literaria fue impresa en papel antiguo. Su muerte temprana (a los 37 años), su situación geográfica (o su origen rancagüino), su actitud “política” (anarquista y crítica) y su realidad social (humilde, autodidacta) podrían constituir algunos de los factores que explican esta situación. A pesar de que sea una lectura obligatoria en los colegios, el olvido que pesa sobre la obra de Castro se refleja tanto en la pregunta cotidiana como en los estudios académicos.

Una manera de acercarnos a la experiencia vital del escritor rancagüino es atendiendo a sus propias declaraciones. En el estudio biográfico y literario de Cabrera, que recopila de manera muy precisa documentos y testimonios relacionados con el autor, leemos una crónica publicada el 17 de agosto de 1935, en el diario La Semana:

Sale a mi encuentro la ciudad. Entro en sus calles abiertas, hendiendo el denso ambiente con mi pecho aún fragante a campo. Interminablemente corre el asfalto bajo mis pasos ... no hay tiempo de mirar nada. Caminemos. Aquí están los tranvías de paso mecánico, los chirridos, los frenos de inflexibles músculos, los ascensores

subiendo y bajando, los tableros de sol y sombra que caen desde los edificios alveolados. Nadie ve la actitud de un mendigo, única cosa humana, junto a una grada de mármol... En los surcos abiertos de mi aldea dormida en el sur, sigue mi alma la danza del día dorado... (citado en Cabrera 58)

Se observa una suerte de escisión discursiva: la subjetividad narra y descubre a la ciudad, pero fundamenta su experiencia en la forma de sentir rural. En la tensión que significa comparar el ritmo citadino de la vida con el devenir temporal del suelo campesino. Este es un fenómeno que puede constituir un problema –quizás de incompatibilidad identitaria– en la formación de la subjetividad que relata *a través* de su relación con el mundo exterior. ¿En qué difiere su presente del *sentir añorado*? ¿Cómo es la experiencia humana que camina junto a la *danza del día dorado*?

Cabrera nos explica que aquella “perspectiva corresponde al Rancagua de los años treinta cuando ya se había verificado un aumento considerable de población y una expansión de los servicios” (58). Y efectivamente, en el caso de Óscar Castro y de la población rancagüina en general, la experiencia cotidiana fue inexorablemente *condicionada* por el avance de los procesos modernizadores. Esta voluntad fue la que *condicionó*, en la vereda material, la experiencia y la vida del autor rancagüino: lo ubicó en la marginalidad que separaba el campo y el centro de Rancagua. Como escribe Cabrera, “Es importante tener en cuenta que Óscar Castro nació en 1910, por tanto, sus vivencias infantiles coinciden con esta etapa de incipiente expansión de la urbe. La Rancagua del escritor tiene ya el perfil de una ciudad más minera que rural” (60).

En ese lugar de transición, entre el cemento y las estrellas, vivía Óscar Castro. Justo en el espacio en donde se desvanecían los encantos de las luces del centro modernizador. Un territorio que lo albergó y que le permitió aprender libremente, a pesar de la fugacidad de los ferrocarriles mineros o del afán disciplinario de los colegios religiosos. Para comprender un poco más lo que

habita en la actitud cotidiana del autor podemos evocar un par de testimonios. Gonzalo Drago, un escritor rancagüino muy cercano a Castro, declara que “su repudio y desconfianza a los políticos eran más bien instintivos. En cambio, amaba y respetaba al pueblo. Comprendía sus dolores, sus luchas, sus miserias, sus aspiraciones, sus vicios, sus virtudes, sentíase parte integrante del proletariado a pesar de su pulcra y correcta apariencia externa” (27).

Isolda Pradel fue una de las personas más cercanas a Castro. Su actividad literaria personal se concentró, de hecho, antes y después de que contrajeran matrimonio. En su juventud actuaba en obras de radioteatro, recitaba e interpretaba poemas en eventos públicos. Tras la muerte del autor rancagüino, Pradel tomó un papel fundamental tanto en la publicación de sus obras póstumas como en la reivindicación de su figura literaria y mediática. En un libro en el que Pradel narra a través de sus recuerdos, nos comenta algo interesante al respecto del autor:

su conversación era suave y lenta, de pronto repetía una metáfora que había pasado sin ser advertida, si era un ruido, una forma, un recuerdo que de pronto se hacía presente o era ya un poema florecido... El dolor, la angustia, la inseguridad estaban siempre al acecho. Las necesidades materiales no alcanzaban a ser un problema angustioso. Todo eso, alguna vez tendría su fin (19-20).

La caída del telón de su proyecto literario llegó con la publicación póstuma de *La vida simplemente*. Una obra que fue impresa unos años después de la muerte del escritor. Paradójicamente, su momento de mayor intensidad creativa se ubicó en el mismo espacio histórico que el decaimiento de su salud por la tuberculosis. Durante ese período escribió, según nos cuentan Pradel y Drago, dos novelas: *Llampo de sangre*, su favorita personal, y la que mencionamos hace poco. Sin embargo, la reflexión de Castro sobre su propia vida había comenzado unos años antes. Cabrera escribe, al respecto de la relación entre la biografía y la segunda obra narrativa del autor:

“En la elogiada obra de prosa poética *Comarca del jazmín*, el autor relata desde la visión de un niño la realidad circundante. La coincidencia con la propia vida es innegable” (25).

B. De las *Huellas en la tierra* a *La vida simplemente*:

Entre las obras que aparecen en el título se evidencia una suerte de transición en el *sentido crítico*: la forma de la narración pareciera volverse más profunda con el paso de los años. En un principio, el contenido representado por el autor rancaguino se alimenta de bellas figuras líricas, de heroicas experiencias campesinas. Podríamos encajarlo en la tradición modernista, por la libertad y el decoro que utiliza en sus primeros versos, pero también involucrarlo en la trayectoria del criollismo literario. A pesar de esto, si consideramos las obras narrativas del escritor en cuestión, podemos observar una característica que todas ellas poseen en común: pistas, signos que permiten moverse en una línea crítica a la hora de realizar interpretaciones.

A pesar de los cambios formales, la preocupación literaria de Castro siempre estuvo ligada a la experiencia periférica de las clases populares. *La vida simplemente* podría ser considerada como la realización de un giro personal dentro de su inacabado proyecto literario. Como el adorno que empieza a coronar una suerte de transición entre una propuesta y otra anterior. El primer volumen de cuentos que se publicó bajo su nombre, *Huellas en la tierra* (1940), nos puede ayudar a identificar una etapa temprana en su vida literaria. En ella se observa un apego mucho más claro a las tradiciones.

Para establecer una relación de tensión entre la obra de Castro y el recorrido artístico que lo precede, debemos definir al concepto que involucra al criollismo. Según Mariano Latorre, la intención del ejercicio representativo costumbrista radica en retratar la “inmediata lucha con el medio, siempre hostil” (81), lo que le daría un carácter épico a la narrativa y a sus héroes. Además, la realidad estaría estrechamente ligada a lo representado: “El relato criollo es un documento, una

copia, donde la imaginación no ha intervenido, sino en una mínima parte” (84). Sin embargo, Legrás proclama una declaración que desenmascara un proceso ideológico en dichas representaciones: “El criollismo afirma una idiosincrasia nacional como forma de incorporación al proceso modernizador” (1).

En su intento de integración al proyecto nacional, el criollismo termina por homogeneizar la heterogeneidad rural, por camuflar su marginalidad respecto a los beneficios materiales del proceso modernizador. Cabrera reflexiona sobre esto de manera concisa en su estudio sobre Castro: “De hecho, la llamada generación de 1938 o 1942 a la que pertenece el escritor, ha sido denominada como neocriollista o neorrealista por los *cambios* que dichos autores imprimieron a sus obras en relación al criollismo representado por Mariano Latorre” (39). En este momento, nos parece oportuno traer a colación una frase de José Promis al respecto de la obra de Manuel Rojas. “En lugar de la novela vernacular o nativista, la novela de la existencia individual” (58).

Intentaremos evidenciar una transición hacia dicha configuración narrativa en *La vida simplemente*. En la tensión que existe entre la obra de Castro y su tradición literaria, habita una estructura literaria que intenta representar a la consciencia individual, al aprendizaje que ella experimenta al interactuar con su entorno. Las escenas narradas expresan una incompatibilidad entre el proceso modernizador y lo que sucedía en los márgenes del desarrollo técnico-tecnológico. Más allá de un cuadro costumbrista o de una lírica modernista, la experiencia marginal es determinada por las condiciones materiales, pero también es confrontada por quienes habitan cerca de la línea férrea. Si miramos *Las huellas en la tierra* (1940), leemos:

Confusamente pensó que le habían robado algo. Algo que era más suyo que su cuerpo, más que su rancho, más que sus hijos. Por un instante tuvo la sensación de que *la tierra* lo llamaba, lo retenía con sus zarzamorras, sus charcos de barro y sus pastizales (34).

Recortadas unas sobre otras, las cresterías de la cordillera barajan sus naipes pétreos hasta donde la mirada de Rubén Olmos puede alcanzar. Cumbres albinas, azules hondonadas, contrafuertes dentados, enhiestas puntillas van surgiendo ante su vista, siempre cambiantes, cada vez más difíciles al paso a medida que asciende (19).

El primer fragmento pertenece a “Tierra ajena”. El segundo a “Lucero”. Un cuento reflexiona sobre la relación entre la tierra, la propiedad privada y la vida del campesino Lisandro Pozo. El otro se titula como el caballo de Rubén Olmos, representa escenas que recuerdan la lucha del sujeto rural en medio de un inhóspito entorno cordillerano.

Ahora bien, ya establecimos que Rancagua, ciudad provincial, en transición modernizante por los enclaves mineros, es una suerte de límite que divide lo urbano de lo agrícola, un espacio donde evidentemente sucede una transición entre un momento histórico y otro. Alrededor del tren, en los márgenes del centro modernizador, se representan múltiples contradicciones que van determinando al sujeto, pero también construyendo tanto a la narración como a la reflexión. En *La vida simplemente*, leemos:

El hombre se habitúa desde muy temprano a una especie de mimetismo con el ambiente; pero conserva, allá en el fondo, encarnizadamente, sus grandes afectos, sus cosas más inviolables. Hay seres a quienes se les va la vida en este juego de ocultamiento, y mueren sin haber visto nunca el rostro de su propia verdad. Sin embargo, basta a veces un incidente pueril para revelarles “el otro”, del cual anduvieron siempre huyendo. Unos lo consiguen demasiado tarde; otros demasiado pronto. Y quién sabe si no sea este el eje único de toda la existencia (102).

Observamos que existen diferencias entre una obra indudablemente ligada a sus tradiciones literarias y una articulación narrativa que propone una reflexión sobre su entorno. El

tono crítico de las operaciones presentes en las obras de Castro aumenta en relación con los años y las lecturas del autor. Lo que sucede al mismo tiempo es que la forma o la estructura de su narrativa comienza a secularizarse de las raíces modernistas, criollistas, en fin, tradicionales.

C. Las ideas políticas y artísticas del autor rancagüino

En este punto de la investigación nos parece oportuno introducir un tema importantísimo en la vida de Óscar Castro: su relación con Los Inútiles y su constante amistad con sus integrantes. La tendencia intelectual que fue desarrollando el grupo está ligada a la publicación autónoma de sus medios de expresión. Antes de entrometernos en el asunto, nos gustaría leer de nuevo la aclaratoria investigación que realizó Cabrera sobre el autor rancagüino:

A lo largo de los artículos se refleja un ideal de hermandad universal, a la vez que una suerte de panamericanismo. Los temas se centran en el pueblo, acción, libertad y defensa del espíritu, y se critica habitualmente a los intelectuales que no toman en cuenta las temáticas sociales. Pese a esta marcada perspectiva social, se encargan de aclarar constantemente su desvinculación con cualquier partido político o credo (153)

Aquí podemos ver algunos de los principios que guían la postura ideológica del grupo. El objetivo al que apuntan mediante sus escritos. La libertad humana, tema principal en la corriente teórica anarquista, juega un papel fundamental en las reflexiones del colectivo. También la crítica y la denuncia de las injusticias que sucedían a su alrededor.

Óscar Castro se encarga de dirigir las revistas *Nada* y *Actitud*. Conjuga con sus amistades y publica sus escritos. En el primer periódico, financiado por una librería anarquista y entregado gratis al público, se publicó un fragmento del “Poema de la tierra”. Sus últimos versos dicen: “El hombre desdeñó los caminos. / Pueden pasar por ellos enemigos y hermanos. / ¡Ah, si la tierra

entera fuese un camino inmenso, / Todos podrían ir cogidos de la mano!” (4)⁴. Otro de sus aportes a la revista *Nada* fue el poema “Hora de la justicia”. Sus palabras evidencian claramente el tono crítico de la postura autorial: “La Rebelión. La Rebelión. La Rebelión. / Yo la siento venir como un ladrido de volcanes / Caerán las banderas, caerán los países / como frutos podridos de los mapas. / No habrá perdón, hermano” (3)⁵.

Sin embargo, la obra que publicaba Castro mediante su participación en el grupo Los Inútiles no era exclusivamente poética. También criticaba y recomendaba literatura a sus lectores. A través de esas reflexiones artísticas podemos descubrir una porción de la visión intelectual del escritor. En otro de sus aportes a las revistas del grupo, escribe:

Dije tiempo atrás, al hablar del Artista, que toda expresión de arte sincero lleva en sí un germen revolucionario. Algunos autores despiertan en nosotros la protesta contra los absurdos de la civilización; otros nos hacen olvidar categorías, razas y convencionalismos, para hermanarnos en la pureza de la emoción estética; y otros, muy pocos, abren nuestro espíritu a la piedad humana, haciéndonos amar aún a seres repugnantes, que la sociedad ha repudiado y condenado (2)⁶.

Estas ideas se pueden observar en su obra literaria. La creación de material intelectual en el grupo Los Inútiles, el fomento de la cultura letrada en Rancagua, el acto mismo de escribir y de reflexionar sobre el mundo que lo rodeaba, todo eso formaba parte de una postura que no podía separar a la reflexión de la acción. En la cotidianeidad y en el detalle de las relaciones de solidaridad, existe un espacio para construir un mundo inevitablemente conflictivo y armónico. *Llampo de sangre. La vida simplemente*. Dos libros que retratan las condiciones de vida de dos

⁴ Castro, Óscar. *Nada*, número 2, Rancagua, Octubre, 1936

⁵ Castro, Óscar. *Nada*, número 1, Rancagua, Septiembre, 1936.

⁶ Ídem.

sujetos particulares, pero generalizables. Un niño de la clase social más baja, que vive en un barrio pobre de la periferia de un centro modernizador. Las historias y las experiencias de personajes mineros determinados en gran parte por su trabajo, por sus creencias y por su entorno. Ambas obras son productos culturales de cierto momento histórico. Y por eso reflexionan sobre las contradicciones provocadas por la implantación del proyecto moderno en su territorio.

En otra de las proyecciones que publicó el grupo Los Inútiles, la revista *Actitud*, Castro nos entregaba uno de los poemas que aparecen en su *Reconquista del hombre* (1944): “El viento sobre el sueño de los desamparados, / sobre una blanda tos de bronquios rotos, / sobre la queja de una llaga sin cerrar. / Qué dice el viento, qué larga historia cuenta? / Decídmelo vosotros, los desvelados del suburbio ...” (4)⁷. Su preocupación siempre está puesta tanto en las condiciones materiales como en las posibilidades de expresión de las clases desposeídas: la solidaridad, la fraternidad entre las personas y la sinceridad artística lo llevaron a reflexionar sobre lo establecido, pero también sobre lo posible. En otro número de *Actitud*, Castro escribió: “Si el escritor quiere ser escuchado debe hacer lo mismo; organizarse hasta formar un gremio férreo y consciente de su trascendencia humana” (9)⁸.

Este tipo de menciones históricas han sido omitidas en los escasos estudios literarios que existen sobre el autor, lo que convierte a sus propuestas en un elemento muy útil a la hora de darle un sentido a nuestras reflexiones. Entraremos en la perspectiva anarquista de Castro más adelante: intentaremos descubrir parte de su contenido textual y de sus argumentos teóricos. Tal como reflexiona Cabrera, el escritor fue un ser profundamente preocupado de lo que ocurría en su tiempo. Es difícil encasillar las ideas presentes en cualquier obra, en cualquier autor, pero

⁷ Castro, Óscar. *Actitud*, número 3, Rancagua, Junio, 1943.

⁸ Castro, Óscar. *Actitud*, número 4, Rancagua, Julio, 1943.

reflexionaremos sobre los acontecimientos narrativos y los conectaremos con lo abstracto, con lo literario y con lo histórico. Toda obra artística está situada, pero siempre abierta a la interpretación posible.

D. ¿Anarquista, Óscar Castro?

Más adelante haremos hincapié en los momentos narrativos que conectan a la obra de Castro con las ideas anarquistas y emergentes de su tiempo. Antes, nos parece oportuno elaborar una reflexión que involucre a distintas tendencias en torno a un solo contenido. André Reszler indica que, en un sentido artístico,

la estética anarquista ve en la creación artística y en la creación social las realizaciones generales del *hombre sublevado*. Animándolo a liberarse del peso de la tradición, desempeña respecto del artista una acción liberadora más acusada, pero también, y sobre todo, una función *creadora*. Lo impulsa a buscar los caminos siempre renovados de la creación ... La estética anarquista es el guardián del espíritu de ruptura” (133).

Hace poco revisamos algunos elementos que la obra de Castro *tensiona* respecto a la corriente modernista y criollista. Por ahora, sólo mencionaremos que en *La vida simplemente* hay escenas de sociabilidad solidaria y desinteresada. Fragmentos que reivindican la actividad popular humana, que la entienden como una experiencia vívida, a pesar de las formas que intentan disciplinar sus múltiples expresiones.

Formas de sociabilidad emergentes, elementos residuales engullidos por las variaciones hegemónicas, evidencias de las contradicciones socioproductivas en la forma de ser moderna; todas son estructuras narrativas que podrían catalogar a Castro como un escritor de una visión crítica y anarquista. Como un defensor de la libertad humana tanto en las letras como en la vida

cotidiana. Ya existen escritos que lo relacionan de una manera aparente o anecdótica con la perspectiva anarquista. Sin embargo, no hemos visto estudios que ubiquen su foco precisamente en ello. Es por esto que a través de las construcciones literarias, o de los acontecimientos históricos, intentaremos pensar sobre la figura de Castro mediante el renombrado flujo teórico.

Aclarar la relación que existe entre el anarquismo y el escritor rancagüino se vuelve imperante a estas alturas. Son varios los autores que Castro leyó y, por otro lado, son variadas las representaciones en las que podemos ver plasmadas algunas de las ideas anarquistas. Malatesta escribió que la “libertad completa [es] en el sentido de una solidaridad asimismo completa [... y preguntó:] ¿Qué es lo que el gobierno puede añadir a las fuerzas morales y materiales existentes en una sociedad? (15) Kropotkin declaró: existen “hechos que muestran la importancia de las costumbres sociales [y el apoyo mutuo] en la vida de la naturaleza y en la evolución progresiva” (28).

Lo que se propone es que el hecho de que representar las condiciones materiales en las que crece un sujeto que bien podría pertenecer a las preocupaciones de la “cuestión social” –un fenómeno histórico ocurrido a fines del siglo XIX y a inicios del siglo XX–, no es en ningún sentido un acto inocente o azaroso. *La vida simplemente* se puede relacionar con ideas políticas, críticas y anarquistas. En *Sin Dios ni patronos*, Víctor Muñoz escribe que

Tras la muerte varios de sus cuentos, novelas y poemas que permanecían inéditos fueron publicados. Con los años se le “consagró”. De hecho, en las escuelas públicas algunos de sus libros como *La vida simplemente* son hoy lectura recurrente. Pero el Óscar Castro anarquista, el Óscar Castro anticlerical, el Óscar Castro incómodo, simplemente fue olvidado.

Un libertario de Talca señaló a tres semanas de la muerte del poeta: “Ó. Castro no sólo escribió versos, sino que también luchó por la superación societaria de su pueblo, fue ardiente partidario de las ideas libertarias, colaboró con la Agrupación Anarquista Amor y Libertad de Rancagua; por lo tanto, fue uno de los nuestros” (195).

Al respecto, es necesario recordar las palabras que Gonzalo Drago le dedica al escritor rancagüino: “Era anarquista sin militancia activa. Había leído a los clásicos del anarquismo ... libros que adquiriría en una pequeña librería ubicada en la calle Carrera Pinto” (26).

¿De dónde proviene todo el influjo anarquista que, se supone, posee el autor? Para Felipe Del Solar y Andrés Pérez, “Entre divisiones, divergencias, ortodoxia, heterodoxia, esplendor y decadencia se desarrolló el anarquismo chileno. Más allá de su efectividad, no puede obviarse su participación directa en gran parte de los procesos, sucesos y proyectos revolucionarios de la época” (29). Las raíces de las ideas anarquistas, por ende, ya estaban echadas hacia tiempo en suelo nacional. Sin embargo, como propone Sergio Grez,

Si un “movimiento” político o sociopolítico para ser tal debe reunir ideología, estrategia, táctica y organizaciones comunes, es evidente que el anarquismo chileno de comienzos del siglo XX no conformó un “movimiento” homogéneo sino más bien una “corriente” diversificada, un universo de sensibilidades cercanas, pero con modos muy variados de entender la ideología inspiradora (283).

Esto nos pone en un escenario flexible a la hora de realizar interpretaciones. La tensión de la obra de Castro con el anarquismo no es única ni unívoca. No responde a ninguna ideología particular e histórica. Existe, pero no persigue un objetivo impuesto ni por las condiciones materiales ni por las ideas exteriores. Ahora nos falta encontrar qué rasgos críticos se pueden

evidenciar las escenas de *La vida simplemente*. Sólo así se podrán sostener todas las exclamaciones que hemos hecho hasta ahora.

4. *La vida simplemente*, una porción literaria de la experiencia humana:

Hasta ahora sólo hemos circundado por las áreas que se topan con *La vida simplemente*. El primer camino que tomamos constituyó un lazo interesado por temas sociales, políticos e históricos; fue *general*, porque nos fue útil para ubicar la obra de Castro en una temporalidad, en una espacialidad y en una sociedad específicas. Al final, logramos construir una reflexión cuya materia prima fueron las relaciones arbitrarias entre estos tópicos. La segunda vía, en cambio, encaminó nuestras palabras hacia la investigación de una *individualidad* biográfica y literaria: la experiencia vital de Óscar Castro. En ella se realizó una aproximación a objetos de distinta índole; sin embargo, la intención que fundamentaba el ejercicio era acercarse y delimitar quién era, qué pensó y qué propuso el escritor rancagüino.

En esta oportunidad giraremos el timón hacia una corriente desconocida: un análisis textual, literario y académico de una de las obras póstumas de Óscar Castro. De manera específica, nuestro propósito busca relacionar la estructura narrativa de *La vida simplemente* con cierto horizonte de sentido, con parte de la propuesta teórica llevada a cabo por Raymond Williams. Su pensamiento puede sernos útil para construir una proposición de lectura dinámica, crítica, histórica y estética de la novela perteneciente al autor. Su aporte teórico, en otras palabras, nos podría ayudar a dilucidar un sentido que legitime una interpretación sobre la experiencia narrativa realizada en la obra de Castro.

A efecto de lo anterior, este capítulo se encaminará por un ejercicio analítico que considera las dinámicas categorías propuestas por Williams en la segunda parte de su *Marxismo y Literatura* (1977). Con ellas se estudiará el foco principal de nuestra atención: la textualidad narrativa que constituye a *La vida simplemente*. Estas son las herramientas con las que pretendemos examinar la representación estética y crítica que Óscar Castro nos dejó.

A. Algo sobre Williams y su proyecto crítico

La propuesta teórica de Williams pareciera girar en torno a un sentido fundamental: conciliar la materia objetiva con la subjetividad, apaciguar la relación de lo público con lo privado, involucrar la experiencia artística o individual en el devenir social, colectivo e histórico. Sus reflexiones constituyen ideas dinámicas, móviles, que pensaron temas como la relación entre la superestructura y la base material, el concepto de la cultura, las diversas corrientes energéticas que *influyen* o que *podrían influir* en la experiencia humana. En fin, si nos pidieran unas palabras al respecto del plan teórico propuesto por el autor, diríamos: tanto un reconocimiento del carácter incognoscible del proceso social total, como una apertura, en el plano analítico, que comprende al fenómeno cultural como un dinamismo hegemónico.

Para comprender el sentido de estas aseveraciones debemos mirar el *Marxismo y Literatura* (1977). Un libro que constituye la consolidación de una elaboración teórica que se venía desarrollado hace años. Ariel Slipak escribe, al respecto: “A lo largo de varias obras Williams intenta realizar una reconstrucción histórica de los conceptos de la cultura ... [A] Esta nueva tradición británica en la cual la cultura no resulta un mero “reflejo superestructural”, se le ha denominado como “materialismo cultural” (2). El autor galés propone la revisión de conceptos de prolongada participación en la tradición marxista: la base material *determinante* y la superestructura *determinada*. Cuando este ejercicio crítico comienza, podemos vislumbrar una porción del sentido total que buscaban sus interpretaciones.

En la segunda parte de su obra, denominada “Teoría cultural”, Williams escribe

Los analistas ortodoxos comenzaron a pensar en “la base” y en “la superestructura” como si fueran entidades concretas separables. Con esta perspectiva, perdieron de vista los verdaderos procesos –no las relaciones abstractas, sino los procesos

constitutivos— cuya acentuación debió haber sido función especial del materialismo histórico (100).

El problema no está en que el ejercicio reflexivo separe —a la manera analítica— dos o más áreas de estudio. El proyectil está dirigido en contra de una determinación que considere, casi por descontado, el hecho de que esas categorías estén inevitablemente destinadas a ser estáticas, fijas, finitas o abstractas. La acentuación de Williams en los *procesos constitutivos*, y en las relaciones socioproductivas, es que “existe una continua posibilidad de variación dinámica de estas fuerzas” (101). El hecho de que no exista un límite trascendental que suprima del todo a la resistencia humana, o a la comprensión del proceso social total como algo *realmente* inseparable, constituye el foco primordial de sus estudios.

Eventualmente, la estructura argumentativa de Williams realiza un giro:

“Hegemonía” es un concepto que, a la vez, incluye —y va mas allá de— los dos poderosos conceptos anteriores: el de “cultura” como proceso social total en que los hombres definen y configuran sus vidas, y el de “ideología” ... en la que un sistema de significados y valores constituye la expresión o proyección de un particular interés de clase”. (129).

Luego de haber criticado las visiones reduccionistas, después de acusar a la tradición teórica anterior de ortodoxa, el autor galés alimenta sus reflexiones con un sentido contingente, crítico e histórico. Las líneas que van después de la frase anterior son aún más contundentes: “Afirmar que los “hombres” definen y configuran por completo sus vidas sólo es cierto en un plano abstracto. En toda sociedad verdadera existen ciertas desigualdades específicas en los medios, y por lo tanto en la capacidad para realizar este proceso” (130).

Podemos estar de acuerdo con Williams. Somos capaces de calificar a la sociedad existente como una estructura moderna, jerárquica y contradictoria. Incluso nos atreveríamos a decir que hay una fuerza negativa, capitalista y explotadora en el mundo que dirige nuestros destinos a la destrucción. Sin embargo, este último paso es justamente uno que no daría el propio autor galés. Luego de haber reflexionado sobre las categorías que aplicaremos en el análisis textual, escribe:

Lo que realmente debe decirse como modo de definir los elementos importantes, o lo residual y lo emergente, y como un modo de comprender lo dominante, es que *ningún modo de producción y por lo tanto ningún orden social dominante y por lo tanto ningún orden social dominante y por lo tanto ninguna cultura dominante verdaderamente incluye o agota toda la práctica humana, toda la energía humana y toda la intención humana* (147).

La experiencia humana es expresada de manera inevitable en los productos culturales del proceso social total. En la obra literaria, la participación inherente en esa totalidad deja huellas tanto narrativas como estructurales. Las propuestas estéticas, como cualquier otro producto del devenir histórico, adquieren un sentido contingente cuando son *realmente* valoradas. La dinámica que configura nuestras vidas deja sus pasos en las formas que adquieren sus artísticas resoluciones.

B. Una entrada a lo residual y a lo hegemónico

El autor galés también pensaba sobre los “procesos variables” y las “definiciones sociales” (143) que han tomado un lugar en la cultura hegemónica. Las tradiciones, por ejemplo, enraízan en la consciencia “un sentido de *predispuesta continuidad*” (138), se mantienen como un argumento inequívoco tanto del presente como del futuro. Las instituciones, a pesar de sus incuestionables consecuencias en la experiencia humana, no son “una hegemonía orgánica” (140) que termina controlando *todo*. Incluso las formaciones –que pertenecen a una categoría destinada

a insertar las “tendencias y movimientos conscientes (literarios, artísticos, filosóficos o científicos)” (141) en un modo *total* de las fuerzas productivas– pueden ser “variantes que resisten toda reducción simple a alguna función hegemónica” (142).

Para darle consistencia a sus pretensiones de movilidad teórica, Williams opta por analizar las influencias que habitan en el proceso hegemónico. Es así como llega a la búsqueda de “términos que no sólo reconozcan los “estadios” y las “variaciones”, sino también las relaciones dinámicas internas de todo proceso verdadero” (144): *lo residual, lo emergente y lo dominante*. Para reflexionar sobre *La vida simplemente*, para extraer de ella declaraciones que sean pertinentes con el sentido textual que venimos construyendo, presentaremos de manera breve las categorías propuestas por el autor galés. Así podremos desenmascarar las operaciones críticas o contingentes que podrían reivindicar tanto el contenido literario como la figura individual de Castro.

La parte inicial de la novela constituye un capítulo que plantea una exposición, tanto del mundo que será representado, como de la subjetividad que lo creará mediante sus propios recuerdos. El siguiente fragmento corresponde a dicho ejercicio representativo; en él, Roberto nos cuenta que había un personaje en la casa del farol azul que siempre le llamó la atención, un elemento narrativo que se asemeja a una de las categorías que mencionamos:

Parado en la puerta de la calle, dormitando como un perro, está Menegildo, el Sacristán, con su cara siempre a medio rapar, su pelo corto y su gesto de asombrado torpor ... Su palabra corporiza entonces historias inverosímiles que su auditorio capta con un estremecimiento de pavor. Toda la vieja superstición de los campos tiene su *guarida* en el alma del Sacristán (10-11).

¿Esta descripción ayuda a evidenciar una marca del proyecto crítico construido por el autor rancagüino? ¿Cómo es que su visión intelectual empieza a tomar forma en estas representaciones?

Para Williams, *lo residual* engloba aquello que sigue activo en el presente, pero que tiene su sistema radicular instalado en un remanente social anterior. La partícula residual, por ende, no puede ser expresada ni significada por los términos de la cultura dominante (144), pero sí adquiere nuevas formas de resistencia o de incorporación. Es algo que “ha sido formado efectivamente en el pasado, pero [que] todavía se halla en actividad dentro del proceso cultural” (144). Ahora nos conviene revisar otra parte de *La vida simplemente*: “El Sacristán está siempre pronunciando palabras de vago sentido, como si soñara. A veces diríase que reza. En otras canta himnos litúrgicos, inocentes o graves, que se confunden con las risotadas, blasfemias y chillidos que llegan desde adentro” (11). La existencia de un residuo religioso, campesino y popular aparece como un personaje rodeado de irracionalidad, de oscuridad, de un aura incluso decadente.

Envuelto en una transición material y subjetiva, interactuando con las fuerzas ejercidas tanto por su existencia *en retirada* como por el capitalismo modernizador, el Sacristán constituye una *guarida* para los cantos eclesiásticos y las supersticiones populares. Su actividad constituye una producción latente, pero renqueante de una base sociohistórica del pasado. En la representación, el personaje cumple cabalmente con su rol en el prostíbulo. Avisa oportunamente cuando amenaza la institución policial; no obstante, reside casi permanentemente en las afueras del establecimiento. Es una partícula *aún existente*. Su carácter residual, sin embargo, no se puede limitar a una definición abstracta, porque establece una relación inevitable con lo hegemónico. Si proponemos que Menegildo constituye un remanente, es decir, algo de *lo que queda* de una parte del proceso social histórico, es porque la dinámica hegemónica –en su caso– *lo está* incorporando.

A pesar de las relaciones de subordinación, pese a la configurante fuerza hegemónica, “una hegemonía dada es siempre un proceso ... Es un complejo efectivo de experiencias, relaciones y actividades que tiene límites y presiones específicas y cambiantes” (134). La condición que le

entrega a un significado la capacidad de dominación sobre el mundo que le rodea no es estática: va adquiriendo nuevas formas que le permiten habitar el presente y el futuro. Es importante mencionar que lo dominante siempre es resistido por prácticas emergentes que se resisten a sus implicaciones. Por esto Williams prefirió definir el proceso hegemónico como un “vívido sistema de significados y valores ... [como] un sentido de la realidad” (131) que va constituyéndose *en* el devenir social total.

Poco después de haber descrito el ambiente que le rodeaba, de hablar sobre la Vieja Linda y de la cotidianeidad del prostíbulo, Roberto dirige su discurso hacia la introspección. Esto lo introduce en el mundo representado, y concluye:

Mi mundo era la calle, la vía férrea, eran los cuartos de las prostitutas, era el salón donde bailaba desnuda la Ñata Dorila ... Todo eso fue para mí la vida, y así me figuré que era para todos: un terreno donde triunfa el más guapo y el más agresivo; un mundo en el cual solo era posible sobrevivir por la astucia y la deslealtad. Pegar primero; he ahí la ley. Y, ya vencido, fingir acatamiento y mansedumbre para asestar enseguida el golpe a mansalva (12).

Las condiciones que *dominaban* el sentido de la vida eran la marginalidad y la lucha por la supervivencia. Estos términos ejercían, en efecto, un rol *subordinante* en sus interacciones con el proceso vital hegemónico: “La calle es una cosa olvidada por los que viven más al centro ... Hay paredes ruinosas por todas partes; perros echados al descuido sobre la tierra caliente” (8). La materialidad subordina, configura la actitud humana hacia un mundo en el que la figura dominante es “el macho por excelencia, el amo que no conoce la inflexión del ruego” (13). Uno de los productos de esa influencia es una experiencia relatada por Roberto: “Cada uno sintió que el

cuchillo penetraba en su propia carne, una, dos, tres, ocho veces, y después un silencio, un silencio en que habría podido escucharse correr la sangre por las venas” (17).

Ya dijimos que las corrientes hegemónicas no son estáticas, si no que transforman tanto a las posturas subjetivas como a los significados del mundo. Tras haber vivido momentos difíciles, Roberto narra un encuentro con su ídolo, el Diente de Oro. Evidentemente ya no genera en él la misma admiración: “Levanté el brazo con desgano para responder al saludo ... Ya no quería un pañuelo de seda para mi cuello, ni un terno azul marino, ni unos zapatos de afilada punta. El arrabal me había expulsado para empujarme dentro de mí mismo” (101). A pesar de que la supervivencia y la condición periférica jueguen un papel preponderante en la experiencia humana, siempre existe un espacio para cuestionar los modos de vida ya establecidos.

C. ¿Qué es y cómo aparece lo emergente?

El proceso social, entendido como una totalidad social e histórica, es presionado por fuerzas que provienen del pasado o por apariciones autogestionadas. Hace poco discutimos sobre el primer concepto en vistas de su estética y de su actividad en las acciones representadas en la narración. Después, establecimos que el remanente puede, dependiendo del caso en el que esté presente, estar en contra o incorporarse a la dinámica hegemónica dominante. En consecuencia, observamos que *lo hegemónico* no se mantiene como una guía dominante que determina a priori la experiencia y los límites humanos. Su acción subordinante no puede solucionar los vacíos que presentan sus argumentos ilusorios. Su tendencia a la *precipitación* es la que nos permite observar intersticios *en solución* (156).

Slipak escribe, al respecto de la categoría que nos queda por utilizar:

Por lo emergente se entienden los nuevos significados y valores, nuevas prácticas relaciones y tipos de relaciones que se crean continuamente ... Para Williams, siempre una nueva cultura encuentra una base social. El crecimiento de las nuevas clases sociales se vincula íntimamente con la producción de significados propios. Ahora bien, su éxito para liberarse de un rol subordinado, también tienen que ver con la posibilidad de trascendencia de estos nuevos valores y significados en instituciones (6).

En la estructura textual de la novela, la sociabilidad de las clases populares no se apoya sólo en la supervivencia y en la miseria material. Las muestras de solidaridad, en un ambiente que no considera el apoyo mutuo o la formación de grupos sociales autogestionados, evidencia la preemergencia de una reflexión que aspira a un futuro utópico. En las nuevas formas de sociabilidad y en las posturas subjetivas se *realizan* cierta clase de ideas. Observaremos en qué momentos narrativos nos conviene recordar los postulados anarquistas, artísticos y modernos que ya leímos en los textos de Castro. En ellos se narran comportamientos que sostienen una visión artística y un mundo en el que el apoyo mutuo sustenta el quehacer humano.

La primera escena que analizaremos ocurre en el prostíbulo. En él, la Vieja Linda suele recoger los conchos de vino de la noche anterior. Hay que mencionar que el dinero es un tema recurrente para las personas que circundan por la vía férrea, a pesar de que esto suceda más por su ausencia que por su posesión. Roberto nos cuenta:

Se murió un sábado a las cuatro. La Vieja Linda no consintió que la echasen a la fosa común y ordenó traer su cuerpo al prostíbulo ... Esa noche, la puerta permaneció entornada y el Sacristán, inflexiblemente, fue despidiendo a todos los clientes que llegaban. Ninguna de las niñas trabajaría esa noche. Nadie, ni con

amenazas de dinero, habría conseguido que profanasen el sueño de su compañera muerta. (69-70).

La preferencia del rito por sobre las monedas es un acto social y significativo. Una práctica novedosa y *emergente*. Nace en una voluntad subjetiva, eso es cierto, pero la proposición no deja de asemejarse a ideas relacionadas con la auto-organización y la dignidad humana “–Cállate, desgraciado! –clamó la Vieja–. Cállate y respeta siquiera a la muerte, porque vos también soy hijo de mujer y un día se te va a morir tu esposa o tu hija” (71).

La Vieja Linda decide cerrar el prostíbulo para realizar el rito que merecía su compañera. De hecho, ante la amenaza de un bandido, son sus propias manos las que eligen confrontar la compleja situación. Ahí, la Vieja Linda *realiza* un acto resistente y *significante*. Su acción, inevitablemente relacionada con lo representado y con la Historia, puede entenderse como una afronta a lo que antes definimos como rasgos *subordinantes*. El apoyo antes que la confrontación, la sociabilidad antes de la mera supervivencia cotidiana. La clase popular que se está formando en la zona marginal, un territorio transitivo entre la tradición oligárquica y el novedoso mundo moderno, genera sus propias formas de expresión en el terreno hegemónico.

Otro momento interesante sucede unas páginas después del velorio. En él se articula toda una estructura de apoyo autogestionado que se dirige hacia la figura de Lucinda y de su recién nacido. Varios párrafos antes, la narración nos contaba sobre su madre, una vieja inválida que “tejía, hora tras hora, chombas, bufandas, trajes de lana; y lo hacía casi rabiosamente, con una tensa y zigzagueante continuidad, como si a cada minuto fuese a terminar una pena que le hubieran impuesto” (73). Lucinda, por su parte, tenía que ir trabajar en la sección de conservas de una fábrica: tenía que realizar un viaje largo cada mañana. Un día apareció la fuerza policial en el hogar mencionado. La vieja Zapata, al enterarse del acontecimiento sufrido por su hija, exclamó: “–¡Y

ustedes! ¡Para qué están ustedes! –bramó ella, increpando al uniformado—. Tomando que se lo pasan, tomando, tomando en vez de defender a los pobres!” (77).

La noche de un sábado de noviembre, Roberto nos cuenta: “En aquella jornada supe cuánto cuesta venir al mundo. Al lado de la puerta, temblando de frío, nervioso, asistí a la tremenda batalla. Eran órdenes, eran sofocados ayes, eran verdaderos bramidos de bestia” (85). A Lucinda le tocaba dar a luz en medio de una fiesta por la llegada de los mineros. El protagonista, cuando se dio cuenta de que la mujer necesitaba ayuda, corrió a la casa del farol azul de inmediato. Allí encontró a la Ñata Dorila y a la Vieja Linda. Lo más interesante son las palabras del propio Roberto: “Todas me hacían tiernos gestos de complicidad al pasar, como celebrando mi intervención en aquel asunto” (87). El apoyo mutuo y la solidaridad entre las mujeres aparecieron de forma espontánea. La sociabilidad femenina pintó los grises paisajes de la periferia.

Al término del acontecimiento, la narración reconstruye el final de la escena. La Ñata Dorila va a ver al recién nacido con Roberto, quien nos cuenta:

Antes de irse, la vi dejar con disimulo un billete de diez mil pesos encima de la cama. En el patio, sin saber por qué, le oprimí fuertemente la mano que me había cogido con la suya, porque tenía miedo de la oscuridad. Vinieron enseguida las demás, una tras otra, después de mil disimuladas argucias que las liberaban por algunos minutos de sus galanes demasiado exigentes. Y todas, como si se hubiesen puesto de acuerdo, llevaban algo al pequeñuelo: unas, un tubito de esencia; otras, un paño; otras, dinero... (88).

El devenir total, social e histórico deja rastros en los productos de su propio acontecer. La existencia de los objetos culturales nos entrega una posibilidad de leer una de las variadísimas formas en las que ocurre este proceso. Por su inevitable conexión con la totalidad activa que

significa la vitalidad humana, el ejercicio crítico de las estructuras narrativas es uno de los caminos que nos permiten vislumbrar las consecuencias del dinamismo hegemónico: en ellas podemos observar las expresiones, las contradicciones y las múltiples formas de resistencia que emergen en la actividad social. Además, nos permite aseverar con más fundamentos el carácter contingente, crítico e intelectual que empapa cada lectura de la obra de Castro.

Es por esto que decidimos observar dos momentos de la estructura narrativa en las que se representa una sociabilidad basada en el apoyo mutuo, en la dignidad humana y en la solidaridad. Ciertamente el carácter subordinador de los rasgos dominantes establece formas específicas de vivir en el mundo. Sin embargo, el foco de este apartado está puesto en las prácticas emergentes que cuestionan esas representaciones *desde* la condición periférica. Dentro de los conventillos y de las casas mal techadas, al interior de las complejas relaciones socioproductivas que acontecían en los territorios marginales, existe una vitalidad que no sólo incorpora rasgos capitalistas y que no sólo mantiene vivas a las tradiciones populares.

D. Estructuras de sentimiento, huellas de la transición

La vida simplemente se construye en la medida en que Roberto nos relata sus experiencias en los alrededores de la vía férrea. El protagonista va recordando, representando, describiendo los acontecimientos que ocurren en los márgenes del centro modernizador. La casa del farol azul y el conventillo ruinoso constituyen, de hecho, un espacio común en donde la interacción humana genera nuevas formas de sociabilidad. Prácticas que, evidentemente, terminan por entrar en zonas de actividad hegemónica. La determinación de los rasgos subordinantes y las condiciones materiales *no agota*, entonces, la posibilidad de resistencia o de imaginación. En la obra literaria, lo representado está empapado de fuerzas históricas y sociales codificadas en su estructura. En la obra y en el pensamiento de Óscar Castro reside una reflexión sobre los procesos modernizadores.

En cierto momento de la obra mencionada, leemos un cambio de tono en la postura de Roberto. La consideración del paso del tiempo y la condición testimonial del relato evidencian un acto consciente, *reflexivo*, sobre todo. El protagonista está pensando sobre el destino de sus amigos más cercanos, y al hacerlo, nos saltamos varios años respecto al tiempo de la narración. Roberto menciona que la periferia le enseñó cosas que *solo ahora* ha venido a entender, “*ahora* que el Chucurro es un minero grande, maldiciente y hosco; *ahora* que el Tululo está en la cárcel, esperando un indulto quimérico que venga a salvarlo del fusilamiento; *ahora* que por sobre la tierra ocupada por el Saucino hay una cruz...” (30). La sensibilidad del narrador se realiza en una confesión que reflexiona sobre las consecuencias sociales y humanas del devenir social, político e histórico.

Si en la primera parte de *La vida simplente* los acontecimientos giran en torno al prostíbulo y a los alrededores de la vía férrea, en la segunda los hechos más determinantes son de carácter subjetivo. Experiencias personales e íntimas de Roberto, como la condición de marginalidad a la que su familia pertenece. El protagonista es consciente de este cambio narrativo, porque nos dice: “Hasta ahora yo he hablado muy poco de mi madre y de mi hogar” (102). Antes, leíamos las vivencias que se relacionaban con las condiciones materiales y geopolíticas de su existencia. Ahora, la intención de no “mezclar este mundo caro a mi afecto al otro tan dispar en que se movían mis andanzas de niño” (102) nos revela que existe otra área más íntima que presiona parcialmente la experiencia de la vitalidad humana.

La estructura narrativa relata la infancia de Roberto, pero en otro momento de sinceridad, la narración se transforma y reflexiona sobre su entorno. Vemos que el funesto destino de los habitantes de la zona periférica no se detiene ante el avance de los procesos modernizadores:

El trencito sigue subiendo y bajando cada día con su carga de esperanzas y vidas humanas. No quedan zarzamoras en la última calle de la ciudad por el sur. El prostíbulo tampoco existe, y en su lugar se alza una casa estucada en que vive un empleado de la compañía minera. La ciudad se ha desparramado hacia otros sectores, pero al vía férrea sigue cortándole el avance y pasará mucho tiempo antes de que el obstáculo sea salvado (31).

Las declaraciones de Castro, como vemos, representan a una consciencia crítica que está reflexionando sobre la transición histórica y social de su mundo. En sus expresiones podemos observar, en palabras de Jorge Cáceres y Hugo Herrera, un “sujeto cuya experiencia de la totalidad social y material presente es dinámica y cuya actividad puede, por lo mismo, tanto aceptar como contrariar aquella totalidad” (188). En la forma literaria que adquiere *La vida simplemente*, se construye una noción de la realidad que toma en cuenta su carácter dinámico y hegemónico.

Los términos que estamos usando nos obligan a recordar la propuesta de Williams. En específico, queremos destacar la siguiente elaboración conceptual: “Las estructuras del sentir pueden ser definidas como experiencias sociales *en solución* ... Es una formación estructurada que [se halla] en el mismo borde de la eficacia semántica” (157). La emergencia de formas de sociabilidad anarquista y femenina, la consciencia reflexiva al respecto del proceso modernizador, constituyen actos socialmente significantes. En la obra de Castro aparecen, como hemos podido observar, varios “tipos de sentimiento y pensamiento efectivamente social y material, aunque cada uno de ellos en una fase embrionaria antes de convertirse en un intercambio plenamente articulado” (153).

Roberto, en la segunda parte la historia, ingresa en un colegio privado y religioso. Allí, nuestro protagonista es disciplinado por un método de enseñanza ético y disciplinado. Una de sus

prácticas se denomina la revista del aseo. Cuando llega ese momento narrativo, el hermano Antonio se acerca y le ordena al protagonista levantar los brazos. Tras observar su condición, exclama: “¿Qué clase de madre tienes que no se ocupa de ti? Vas a decirle que eres alumno del Instituto Marista, ¿entiendes?, y que al Instituto se viene como persona decente y no como un gandul cualquiera” (146). En ese ambiente, Roberto comienza a aclimatarse a la catequesis y a las evaluaciones. Le va bien, a pesar de las contradicciones vitales causadas por el proyecto escolar moderno y por la incompatibilidad existencial que experimenta en su nuevo entorno.

En cierta ocasión, Roberto es invitado al hogar de unos de sus compañeros. Edilberto, un niño con una “altivez digna que constituía la base de su personalidad” (144), vivía en una casa con “cosas en su mayor parte desconocidas para mis ojos habituado a mirar las viviendas del suburbio, en donde la luz parece enferma” (163). Allí, el protagonista se da cuenta de las enormes diferencias materiales en comparación su familia: vivían en “mundo luciente, sin una mancha, sin un grano de polvo. Yo sentí de inmediato que allí todo me rechazaba”. En la casa de Edilberto, el proyecto moderno había vuelto una realidad los beneficios provenientes de los procesos modernizadores. Casualidad o no, sus parientes masculinos se desenvolvían en la política y en los negocios. Su representación nos hace pensar en la clase social dominante de la primera mitad del siglo XX.

Esta contradicción fundamental y social, esta consciente oposición representada mediante la amistad de dos compañeros de colegio, es una forma literaria que expone críticamente las heterogéneas consecuencias del devenir histórico. Por la noche, ya en su casa, Roberto miró el juguete que le habían regalado en el moderno hogar de Edilberto: “El payaso no estaba bien encima de la cama. Era demasiado limpio y correcto ... Entonces comprendí que aquel juguete no era de mi casa, no era mío ... Tomé al muñeco de los pies, de los dos pies, con toda mi alma, y le reventé la cara contra el suelo” (172). La sensibilidad y la reflexión racional cuestionan de manera

constante el mundo y las estructuras establecidas en los alrededores. Los cambios formales o narrativos mencionados evidencian una propuesta literaria que reflexiona sobre las consecuencias y el proceso mismo de modernización.

5. Conclusiones:

Estamos llegando a los momentos finales de un viaje accidentado. Hemos tomado varios desvíos por distintas razones. Estos virajes han terminado por constituir, junto al trayecto en su totalidad, una investigación que se apoya en cimientos teóricos, históricos y literarios. Una propuesta que busca abrir la discusión académica al respecto de los horizontes interpretativos de la obra de Óscar Castro. Ya mencionamos la polvorienta condición de sus textos y la nubosidad cotidiana que aclimata tanto a su visión literaria como a sus reflexiones. También describimos la evidente posibilidad de descomprimir los sentidos que la tradición teórica ha impuesto sobre sus escritos. El objetivo era, en síntesis, aportar un granito de arena a una potencial reivindicación de la experiencia literaria y biográfica del autor rancaguino.

El primer camino que tomamos nos llevó a distinguir las ideas modernas de su realización material, a reflexionar sobre la existencia de un escenario alejado de los centros de las ciudades. Ahí comprendimos que el proceso de modernización no es homogéneo ni equitativo para las personas que habitan el territorio chileno. Sin embargo, entre la legalidad y la realidad terrenal, entre la demagogia política y las tenues intenciones democráticas del proceso modernizador, estaban sucumbiendo, pero también emergiendo nuevas formas de sociabilidad. Estas acciones ocurrían entre personas que se las arreglaban como podían en medio de sus deplorables condiciones materiales. Eran acontecimientos espontáneos que aparecían en la comunidad y que le otorgaban un valor infranqueable a la solidaridad y a la dignidad humana.

En el segundo desvío que elegimos tuvimos que construir un acercamiento biográfico y literario. Empezamos por enfocar algunos testimonios que nos permitieran considerar cómo era y dónde vivía el autor. Como resultado, logramos concluir que Óscar Castro pertenecía a una clase social, a una tradición literaria y a una ciudad específicas: que sus vivencias en Rancagua estaban

indudablemente relacionadas con las escenas representadas en *La vida simplemente*. El escritor rancaguino experimentó, como la mayoría de los habitantes de las zonas rurales, una transformación del mundo debido a las realizaciones del proceso modernizador. La dinámica de la geopolítica moderna empezó a colorear de gris la ciudad, mientras los alrededores quedaron en una condición periférica que legitimaba la explotación de sus recursos naturales.

Esta situación determinó en gran medida la experiencia de los habitantes de dichas zonas. La transición que comenzó a modernizar la realidad tanto social como material caló hondo en las reflexiones de algunas subjetividades. Óscar Castro, un rancaguino más, comenzó a construir su visión literaria con poemas y representaciones más bien tradicionales. Esta es la razón por la cual ha sido tildado con distintos sustantivos en los estudios académicos. Sin embargo, su temprana muerte no dejó que su proyecto intelectual proliferara por completo. *La vida simplemente* constituye, en este sentido, una suerte de giro crítico en su obra. En ella se evidencia un sentido interpretativo que se relaciona con la postura anarquista y reflexiva que Castro mostró tanto en revistas como en diarios locales.

En el tercer y último capítulo llevamos a cabo un ejercicio fundamental. A partir de una propuesta teórica coherente con los objetivos planteados, desmenuzamos escenas relacionadas con nuestra investigación. Castro representó a un mundo en transición, en donde la narración, los personajes y las formas de interacción subjetiva son parcialmente determinadas por el devenir histórico. La estructura narrativa relata momentos en los que la vitalidad humana habitante la marginalidad construye formas de sociabilidad basadas en el apoyo mutuo, la solidaridad y el respeto. Estos valores nos permiten afirmar que el escritor rancaguino reflexionaba con un tono anarquista, contingente y crítico. Su proyecto literario terminó bruscamente, pero su reconocimiento espera a que se actualice la interpretación de sus textos.

6. Bibliografía:

Álvarez, Ignacio. *Novela y nación en el siglo XX chileno: ficción literaria e identidad*. Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2009.

Anderson, Benedict. *Comunidades Imaginadas*. Traducción de Eduardo Suárez, Verso, 1983.

Berman, Marshall. *Todo lo sólido se desvanece en el aire: La experiencia de la modernidad*. Siglo veintiuno de España Editores S.A., 1989.

Cabrera, María. *La comarca del poeta. Óscar Castro, su ciudad y su tiempo*. Ril Editores, 2011.

Cáceres, Jorge y Herrera, Hugo. *Las formas fijas y sus márgenes: sobre “estructuras de sentimiento” de Raymond Williams. Una trayectoria*. En Revista Universum, 173-191, 2014.

Castro, Óscar. *Huellas en la tierra*. Empresa editora Zig-Zag S.A., 1940.

Castro, Óscar. *La vida simplemente*. Origo Ediciones, 2019.

Correa, Sofía. *Historia del siglo XX chileno: balance paradójal*. 2001 [en línea]. [consulta: 11 de Julio 2021]. <http://repositorio.uchile.cl/handle/2250/122708>

Del Solar, Felipe y Pérez, Andrés. *Anarquistas. Presencia libertaria en Chile*. RIL Editores, 2018.

Drago, Gonzalo. *Óscar Castro. Hombre y poeta. Epistolario*. ORBE, 1973.

Feinmann, José. *Una Filosofía para América Latina*. Planeta, 2018.

Grez, Sergio. *Los anarquistas y el movimiento obrero*. LOM Ediciones, 2007.

Jameson, Frederic. *Documentos de Cultura. Documentos de Barbarie. La narrativa como acto socialmente simbólico*. Traducción de Tomás Segovia, Visor, 1989.

- Krotopkin, Piotr. *El apoyo mutuo*. Traducción de Asmley Montagu, Feedbooks, 1920.
- Latorre, Mariano. *Autobiografía de una vocación. Algunas preguntas que no me han hecho sobre el criollismo*. Ediciones de los Anales de la Universidad de Chile, 1955.
- Legrás, Horacio. *Criollismo e Indigenismo literarios: representación sin resto y resto sin representación*. En *Latin American Literatures: A Comparative History of Cultural Formations*, 2005.
- Malatesta, Errico. *La anarquía y el método del anarquismo*. Traducción anónima, Premiá editoria de libros S.A., 1978.
- Muñoz, Victor. *Sin Dios ni patronos. Historia, diversidad y conflictos del anarquismo en la región chilena (1890-1990)*. Mar y Tierra Ediciones, 2013.
- Palma, Jorge. *Entre la Tradición Colonial y el siglo de la Modernidad: proceso de modernización en Chile y sus efectos sociales (1778-1900)*, 2010. [en línea]
<https://critica.cl/ciencias-sociales/entre-la-tradicion-colonial-y-el-siglo-de-la-modernidad-proceso-de-modernizacion-en-chile-y-sus-efectos-sociales-1778-1900>
- Pradel, Isolda. *Raíces de la poesía y prosa de Óscar Castro*. Ediciones Fundación Óscar Castro Z., 1999.
- Promis, José. *La novela chilena del último siglo*. Editorial La Noria, 1993.
- Reszler, André. *La estética anarquista*. Traducción de África Medina de Villegas, Libro de la Araucaria, 2005.
- Rojo, Grinor. *Globalización e identidades naciones y postnacionales*. LOM Ediciones, 2006.
- Rojo, Grinor. *Postcolonialidad y nación*. LOM Ediciones, 2001.

Salazar, Gabriel y Pinto, Julio. *Historia contemporánea de Chile. Volumen uno*. LOM Ediciones, 1999.

Siskind, Mariano. *La globalización de la novela y la novelización de lo global. Una crítica de la Literatura Mundial*. Políticas de la Memoria núm. 10/11/12, pp. 39-56, 2009.

Slipak, Ariel. *Los aportes de Raymond Williams a la perspectiva marxista sobre la relación entre la base y la superestructura*. Instituto de Desarrollo Económico y Social, Prácticas de Oficio, 2014.

Subercaseaux, Bernardo. *Modernidad, Modernización, Modernismo y Cultura*. Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile, 2015.

Williams, Raymond. *Marxismo y Literatura*. Ediciones Península, Traducción de Pablo di Masso, 1997.